

¿Cómo pudiera hacerlo un Dios-Justicia?

La confesión es inmoral, degradante, sacrílega. Si los gobiernos obraran con sentido común, exigirían á esos supuestos apoderados de Dios las correspondientes credenciales; poderes que tuvieran valor en un tribunal de justicia. Y como ninguno de esos impositores es capaz de presentar la más mínima prueba, el gobernante está en el deber de prohibir á estos industriales el ejercicio de su ofensiva profesión.

Muchos padres y muchos maridos creen que la confesión es buena para las mujeres. ¡Qué error tan perjudicial! ¡Cuántas jóvenes no han perdido su inocencia oyendo las preguntas del confesor acerca de pecados cuya existencia ignoraban! Uua de esas jóvenes puede tener un pensamiento liviano, un deseo impuro, una pasajera tentación. Al confesarse ha de revelar ese secreto á un hombre soltero y para esto es preciso que pierda el pudor, virtud natural de la mujer, que inspiró la idea del ángel. ¿Qué marido consentiría que su esposa contara á otro hombre los secretos del lecho nupcial? ¿Que se metiera entre él y ella?

El clérigo tiene por su estado célibe y por su vida regalada, más desarrollada que otro cualquiera la pasión de la lujuria. Por el confesionario sabe las tentaciones de la penitente; conoce la que ha delinquido y la que está más expuesta á delinquir. Las probabilidades son de que ese hombre seducirá á esas mujeres, ó á lo menos, lo intentará. El les sabe sus secretos; ellas mismas se los han confesado; el pudor ha dejado de existir entre el confesor y la mujer; en cualquier parte pueden, estando solos, hablar con la misma franqueza, ó desvergüenza, que en el confesionario. ¿Por qué no ha de intentar él satisfacer su pasión y cómo ha de negarse ella al que sabe sus faltas, sus tentaciones y sus caídas?

¡Oh! Si se pudiera averiguar el número de las mujeres que han perdido su inocencia y su pudor en el confesionario, y el número de las que han

sido seducidas por sus confesores, los padres, los maridos y todos los hombres honrados, reducirían inmediatamente á cenizas esos manantiales de inmoralidad que llaman *confesonarios*.

Y no decimos esto porque supongamos á los clérigos peores que otros hombres cualesquiera. Si uno intercepta la carta en que una joven da cita para su cuarto á un amante, ó sorprende á una casada en paraje sospechoso con un querido, lo probable es que el hombre abuse de la ventaja que le proporciona el conocimiento del secreto, y que ella acceda por tal de que no la descubra.

El clérigo sabe todos esos secretos y con los más minuciosos pormenores. Si se vale de ellos para conseguir sus fines, la culpa no es de él sino de la inmoral práctica religiosa.

El que haya vivido entre clérigos y haya tenido confianza con mujeres que se confiesan, sabe muy bien que nada exageramos.

La creencia de que un clérigo puede perdonar todos los pecados «aunque éstos sean más numerosos que las estrellas del cielo y las arenas del mar», es lo más desmoralizador que se conoce. Equivale á licenciar el crimen. Y esta es la causa porque en los países católicos hay tanta desmoralización. El acto de contrición es una mentira. Personas hay que se confiesan todas las semanas. Esto prueba que el arrepentimiento fué momentáneo.

Digámosle bien claro al hombre que sólo Dios y su prójimo pueden perdonarle las ofensas que les haga; hagámosle ver que toda transgresión ha de ser reparada y todo crimen castigado, y que ningún tercero puede perdonar.

Cuando el hombre se convenza de que sus culpas no se perdonan con decírselas á otro y arrepentirse de ellas; cuando sepa que todo esto no le vale nada y que es necesario pague sus transgresiones, entonces refrenará sus malos instintos.

La Iglesia católica enseña que sin la confesión no pueden perdonarse los pecados; esto es, que sólo ella tiene las llaves del Cielo. De aquí se deduce